LOS MAS BELLOS CUENTOS INFANTILES

POR LA CONDESA DE PARDO BAZAN ~ PEDRO DE RÉPIDE ~ RAMON PEREZ DE AYALA ~ CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE) RAFAEL COMENGE ~ T. T. T.

LOS MAS BELLOS CUENTOS INFANTILES

V O L U M E N S E G U N D O

LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES

POR

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN, PEDRO DE RÉPIDE, RAMÓN PÉREZ DE AYALA, CARMEN DE BURGOS (Colombine), RAFAEL COMENGE, MARÍA CARBONELL

PORTADA E ILUSTRACIONES DE

FERNANDO MARCO

COLECCIONES "INFANCIA"
ANTONIO FLORES, 1
MADRID

LA INDISCIPLINA DEL ÁNGEL

A cada momento descendían del Empíreo legiones de angelitos, que bajaban a la tierra para entrar en los hogares, y ser en unos muy bien recibidos y en otros acogidos con pena por no haber con qué mantenerles, ni mantas para tapar sus carnes ateridas de frío.

Los inocentes obedecían como borregos las órdenes recibidas, y se dirigían en buen orden a los puntos de su destino, sin pensar siquiera que pudiese no ser así. A veces, antes de cruzar la puerta de mansiones demasiado míseras, tenían un instante de vacilación; pero duraba muy poco. Valerosamente, salvaban el umbral, y pasado el momento angustioso de nacer, se arrimaban al seno de sus madres buscando calor y cariño, que les consolase de la infinita desgracia de convertirse de ángeles en hombres.

Mucho sufrían para realizar la evolución de la santa inocencia a la humana corrupción. Se pierde la cuenta de las enfermedades, privaciones y torturas que cada uno pudiera referir si la memoria, más piadosa que el entendimiento, no esfumase tantas páginas de la niñez, que son poemas de dolor, y, afortunadamente, no dejan rastro. Hay, sin embargo, una conciencia oscura, que late en el cuerpo del niño y archiva todos los padecimientos, formando con ellos la masa de la tristeza perenne. Los niños que han sido desgraciados, aunque lo olviden, lo sienten de un modo confuso, y ni ríen ni juegan como los que nacieron felices.

Así es que los angelitos, es preciso confesarlo, cuando recibían la consigna de bajar a la tierra, si no sentían conatos de rebelarse, al menos iban un tanto mohinos y cabizbajos. ¿No estaban mejor en las praderías de esmeralda, en los frescos jardines del Paraíso? Con todo eso, fuerza era obedecer. Y bajaban

despidiéndose de sus alitas, que de nada iban a servirles en la vida que les aguardaba, y hasta debían estorbarles. Las soltaban antes de deslizarse en las viviendas donde se les esperaba, y donde habían de sujetarse a los azares de la vida terreste.

Fué en ese momento de disponerse a despojarse de sus alas, cuando uno de los angelucos sintió el impulso de la insubordinación. ¿Cómo cupo en su alma pura tan reprobable instinto? Él mismo no lo sabría decir. Probablemente nació al mirar la vivienda que, según superiores disposiciones, sería la suya. Verdaderamente, presentaba un aspecto repulsivo. Era una especie de oscura cueva, excavada en un desmonte, sin duda, por jornaleros que facilitaban así su labor, preparando el modo de derribar de una vez grandes bloques de tierra; y suspendidas las obras, quedó allí la covacha, lóbrega, con el piso de fango, mal cubierto por destrozada estera, sobre la cual un jergón roto expelía la paja de su relleno; y encima del jergón descansaba, o por mejor decir, gemía una mujer escuálida, en vísperas de ser madre... El ángel se hizo atrás, y antes de desprender sus alas salió dando un volido, porque le faltaba tiempo para perder de vista tan triste cuadro. No; lo que es allí, no quería nacer. De este pensamiento, insurrecto ya, al de buscar mejor cuna, no había más que un paso. Y lo dió, proponiéndose, ya que escogía, escoger lo mejor y más alto que pudiese.

Los historiadores que refieren este suceso, opinan que el angelito rebelde debía de ser no se sabe cuántas veces biznieto de otro ángel declarado ya contra su Señor, y a quien por tal culpa precipitaron en el Tártaro profundo. Sin embargo, no faltan sabios que aboguen en favor del desobediente angelito, apoyándose en un hecho que han averiguado después de revolver no pocos papelotes. Al acercarse a la sombría covacha, el angelito había oído, entre los quejidos de la mísera mujer, lamentos fundados en que Dios le enviaba el duodécimo hijo, porque ya tenía once cabales, que devorarían si tuviesen qué, y era materialmente imposible conjeturar siquiera cómo iba a alimentar a este redrojillo, ni de dónde saldría la tela para los pañales, ni el pan para la boca. Y el ángel se dió cuenta de que sólo un error «de arriba» podía explicar que le enviasen adonde ni cabía ni podía vivir. La misma caridad mandaba no

echar sobre la pobre mujer gimiente un nuevo peso, y era obra de compasión dar la vuelta, no pisar siquiera la excavación mal oliente y lúgubre.

Y el ángel se dirigió hacia la ciudad, buscando los barrios más ricos, los edificios más suntuosos. A la puerta de un palacio, vasto y magnífico, charlaban, agrupados a la puerta de las cocheras, algunos criados. El ángel atendió, primero curioso, luego interesadísimo. Hablaban de hijos, del disgusto continuo de sus señores, privados de sucesión. Diez años ya de matrimonio, y ni señales de que viniese el heredero. Los señores se escondían el uno del otro, para llorar. No se sabe cuántas ofertas habían hecho ya a santos y santas, ni qué de doctores habían desfilado por el palacio, cada uno con su sistema, su receta y su dictamen. Todo en vano. ¿A quién irían a parar los bienes, las joyas, las preciosidades de arte que los señores poseían? ¡Y tantos pobres como traían al mundo cada año un chico!

Oía el ángel, y se felicitaba de la inspiración de huir de la covacha. En el palacio estaría en su centro, en su verdadero lugar. ¡Qué alegría iba a dar a los pobres señores! ¡Allí sí que debía desprenderse de sus alas...

Hízolo, en efecto, y deslizándose por alfombradas escalinatas de mármol y salones que rebrillaban como espejos por el reluciente encerado del pavimento, llegó a las habitaciones interiores, y en un tocador esclarecido por telas de seda floreadas y muebles de laca blanca, vió a una dama que se secaba con pañuelo de batista los ojos, suspirando.

—Ajajá. ¡Esta sí que es mi madre!—pensó; y ocultándose detrás de un biombo, esperó la hora. Cuando la hora vino, y aun desde que se supo que venía, el palacio estalló de júbilo y de esperanza. Los padres, locos de gozo, repartían limosnas sin tasa, para hacer partícipes de su felicidad a los necesitados, y que las bendiciones templasen el ambiente que había de respirar el Niño. Los criados estaban tan ufanos como los amos; dijérase que la criatura nacía también para ellos. La canastilla fué un derroche de finísimos encajes, la cuna un soplo de cándida nieve; las dos amas, preparadas, lucían al cuello sartas de monedas de oro, y vestían terciopelos galoneados de plata; se hablaba ya de los esplendores del bautizo, que sería ocasión de grandes fiestas, convites y bailes, como lo había anunciado el padre venturoso a sus amigos, y

habiéndolo insinuado también, en trasparente enigma, los periódicos que publicaban crónicas de sociedad. Había de derramar el agua del Sacramento el señor Obispo, y en la iglesia resonarían los acordes de una música admirable y las voces de los mejores cantantes del Real; y por la bóveda correrían largas guirnaldas de blancas flores, y en el altar miles de cirios resplandecerían. Sería lo más sonado que hubiese en su género, y a la puerta del templo lloverían monedas de plata y cucuruchos de dulces.

Hasta anunció el padre la fundación de una obra social, un comedor de caridad, que llevase el nombre de su primogénito—porque le suponían varón—y donde, diariamente, remediarían el hambre unos cien pobres, mañana y tarde.

Y, entre la expectación emocionada de todos, el trance vino y salió al mundo el heredero en que el angelito se encarnaba; porque, en la vida humana, no tenemos otro medio de conocer y tratar a los ángeles, sino en forma de chiquillos. Mas, ¡ay! He aquí que el nene era amarillento, semiraquítico, una piltrafa. Los médicos se asombraban. ¿Cómo de aquella hermosa pareja pudo proceder aquel renacuajillo?

La causa del fenómeno, sólo el angeluco la sabía... Era su culpa. Él tenía la clave. Él había realizado el cambio, contra lo dispuesto por la voluntad divina. La criatura que yacía en la cunita, como limoncejo medio seco, entre olas de espuma delicada, era el fruto de los míseros jornaleros, y había debido nacer en la covacha del desmonte. Duodécimo vástago de unos infelices agotados por la miseria, mal pudiera asemejarse al robusto retoño de unos señores que siempre han tenido puesta la mesa con sazón y abundancia. Y así—el ángel lo comprendió—, el nene tan deseado, tan esperado, venía ya como capullo que se hiela antes de abrir. Los médicos meneaban la cabeza desconfiando.

En vano la madre repetía amorosamente:

—¡Mama tú, tesorín!

¡Bah! El tesorín no tenía fuerzas ni para coger el pecho... Sus ojitos se cerraban, como negándose a ver el pícaro mundo, y su cara diminuta adquiría, cada vez más, en lugar de la sana rojez de los recien nacidos, los tonos sepulcrales de la cera...

Y siete días después del gran suceso, al caer la tarde, el angeluco, corrido y avergonzado, tuvo que volverse al Paraíso, de donde había salido en mal hora. Al ascender por entre nubes, iba pensando qué le dirían por haber substituído a su antojo los decretos de la Providencia. Y sus piernas temblaban de miedo, y sus alas, recuperadas, se plegaban y un puchero de llanto tristísimo desfiguraba su rosada boca...

—¡Qué lástima!—iba cavilando—. ¡Tan simpática como era mi mamá!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

EL PAPAGAYO DE LA INFANTA CLARA

PUES señor, érase que se era una princesita muy linda y muy buena que se llamaba la infanta Clara. Vivía en un alcázar que tenía siete torres, siete patios, siete puentes y siete jardines. Siete azafatas la servían y siete dueñas más la acompañaban en el estrado y en el parque. Siete lebreles la seguían, y siete pavos reales esplendían el iris de su plumaje cuando pasaba ella junto a cada una de las fontanas que había en el centro de cada uno de los siete pensiles. Y siete bufoncillos la precedían saltando.

Pero agobiando a la infanta Clara con su presencia más que las azafatas y que las dueñas, husmeándola más que los lebreles, pavoneándose ante ella más que los pavos reales, y apareciendo más grotescos que los enanos bufones, estaban siempre su aya doña Marlota y su mayordomo D. Farfán. Doña Marlota era una vieja presumida y ridícula que usaba unos pomposos vestidos llenos de colorines y unas pelucas extravagantes. Don Farfán era un hidalgo cenceño y enjuto, ceño adusto y voz campanuda. Iba embutido en una ropilla negra, y toda su grave portancia y su prosopopeya, servían, como en muchos figurones por el estilo, para encubrir la más completa vacuidad.

La infantina, siempre que hallaba ocasión, burlaba a su séquito, escapándose por cualquiera de los siete portillos del alcázar a corretear por el campo, cuyas flores le gustaban más que las de sus jardines, y donde mientras el aya y

el mayordomo hacían grandes aspavientos al notar su falta, ella perseguía a las mariposas, alcanzaba endrinas y zarzamoras. Un día en que todavía su escapatoria no había sido advertida, pasaba por delante de las murallas del alcázar un muchachito mulato que llevaba en la mano como si fuese un azor, gerifalte o cualquier ave de cetrería, un bellísimo papagayo. Un papagayo tan hermoso que parecía el primero que Dios hubo de crear para el Paraíso, y al cual no han podido parecerse más que débilmente todos los demás papagayos que en el mundo han sido.

Don Farfán que le había visto desde una ventana tuvo la siniestra idea de cazarle, y comenzó a lanzarle saetas con una ballestilla, sin reparar en el daño que, por su falta de precisión en la puntería, podía causar al mulatito que llevaba el pájaro maravilloso. Y el daño fué causado, porque una flecha fué a herir en un brazo al muchacho, quien dando gritos de dolor soltó al papagayo. Don Farfán comprendió que había hecho una barbaridad muy grande, pero como no quería cejar en su empeño de hacer caer al ave para mandar a un escudero que la recogiese, no hizo más que variar de arma y arrojar postas con una cerbatana al papagayo que revoloteaba cuanto se lo permitía su corto vuelo, y daba saltitos alrededor del mulatito herido.

Pero encontróse precisado a detenerse en su tarea, porque con gran asombro vió a la infanta Clara que saliendo del recinto del palacio se dirigía al muchacho, y llevándole al lado de una fuente que manaba en el prado donde se hallaban, lavábale la herida, improvisando luego una venda con su finísimo pañuelo, y prodigando a la víctima del mayordomo consuelos y caricias. El papagayo se subió al hombro de la infantina, haciendo grandes extremos de alegría, y la gentil princesita que sabía quién había herido al pobre mulatito dirigió la vista a la ventana donde estaba malhumorado don Farfán, y le hacía con la mano el ademán de prometerle unos azotes.

Clara quiso conducir al muchacho con ella al interior del palacio, donde se quedaría hasta que quisiese. Pero el mulatito dijo que no podía porque venía desde Indias, y había desembarcado el día antes, poniéndose en seguida en camino, anda que te andarás, para ofrecer el papagayo aquel a un príncipe lejano que había de darle en cambio innumerables riquezas.

—Eso sí que no—dijo la infanta Clara—, porque con el papagayito me quedo yo.

El mulato quería suplicar que no se lo quitase, y ella le decía:

—Sabrás que estás ahora en el reino de mi padre, y que aquí mando yo, así es que me quedo con el pájaro.

Pero el mulatito le contestó muy bien:

—Si lo mandas como princesa no vas a conseguir nada. Dime más bien que quieres que te lo deje, porque has sido buena conmigo, curándome la herida.

Y la infanta Clara, como era buena, comprendió que aquello estaba mejor; pero aún lo arregló más bien, diciendo:

—No; porque yo no quiero que me pagues lo que no ha sido un favor, sino un deber. Te dejo ir porque, cuando yo no lo viese, te maltrataría don Farfán, y tendría que ponerme muy seria con él. Pero sí te acepto el papagayo si es un regalo que me quieres hacer.

—Te lo dejo porque eres tan linda como buena—replicó el mulato—, y lo que puedo hacer es seguir hasta el país del príncipe lejano para decirle dónde está el papagayo que le traía.

—Dile lo que quieras, porque el pájaro no ha de salir de aquí.

El mulatito se fué después de dedicar muchas bendiciones a la infantina, quien muy contenta con su papagayo entraba con él en el séptimo jardín cuando ya salía don Farfán con unos escuderos a buscarla. Y desde aquel momento la infanta Clara no tuvo más juguete ni mejor compañero que su papagayito.

El rey, padre de la infanta, vivía entretanto en su palacio de la Corte, entregado a los graves problemas de su cargo y al estudio y solución de magnas cuestiones harto transcendentales. Así, por ejemplo, ocupábase durante aquellos días de organizar una comisión mixta de matemáticos y de carpinteros para que dictaminasen si habría manera de cepillar las tablas de logaritmos.

En estas y otras atenciones empleaba su tiempo, y pasaba grandes temporadas sin ver a su hija, satisfecho con haber dispuesto que no careciese de nada la infantina, y con haberla puesto bajo la guarda y custodia de doña Marlota

y don Farfán, en quienes tenía toda su confianza. Confianza indebida, porque ambos fantasmones estaban entregados en cuerpo y alma al príncipe Limón, soberano del vecino estado de Citronia, hombre tan agrio en su gesto y en su carácter como cumplía a su nombre y naturaleza. Iba constantemente vestido de amarillo, con lo que además simbolizaba la innoble pasión de la envidia que poseía su alma, y entre sus celos y amarguras figuraba el no poseer el reino feliz y opulento que había de heredar en su día la infantina Clara.

La infanta, a quien hastiaban los juegos de los bufones, cansaban las zalamerías de azafatas y de dueñas, y hartaban los rigores vigilantes y las sentencias absurdas del aya y del mayordomo, sólo se alegraba y divertía acariciando a los lebreles y dando de comer en su mano a los fastuosos pavos reales. Un día que hubo salido de paseo con todo su cortejo, vió que un hombre mal encarado golpeaba horriblemente con un palo a un pobre asno porque no caminaba todo lo de prisa que él quería con la carga que le abrumaba. Y la infanta, indignada por el mal trato que daba al pobre animal, después de imponerse con su presencia para que el bárbaro cesase en el brutal castigo, decidió que a aquel hombre se le diesen inmediatamente tantos palos como él había dado al burro, y que después fuese trasladada a sus espaldas la carga con que agobiaba al pobre rucio.

Doña Marlota y don Farfán, que gustaban de llevar siempre que podían la contraria a su augusta amita, se permitieron hacer algunas objeciones sobre el particular, diciendo que la infanta llevaba camino de emular a los tiranos. Pero esto sólo sirvió para que una vez que los bufones, que fueron los encargados de llevarla a cabo, hubiesen cumplido la sentencia en el hombre del pollino, recibiesen orden de dar con sus pretinas un par de cintarazos, respectivamente, en la parte central del reverso de doña Marlota y de don Farfán.

Los dos castigados rugieron, más que de dolor, de rabia por la humillación que se les hacía pasar; pero no tuvieron más remedio que callarse y subir a la carroza con la infanta, pues ya era la hora de regresar a palacio. Por el mismo camino venía una pobre viejecita que andaba muy trabajosamente, y la infanta, al verla, hizo detener el carruaje, llamándola para que subiese. Este rasgo de bondad parecióles un insulto al aya y al mayordomo, que no concebían cómo

podía hacer aquello; pero aunque se encendieron en ira sus ojos, ahogaron la protesta, recordando el reciente acto de soberanía con que la princesita había hecho uso del poder, administrando justicia a su manera. La ancianita agradeció enormemente a la infanta su buena acción, y cuando llegaron a las puertas de la ciudad despidióse de la amable princesa, besándola cariñosamente las manos y prometiendo que alguna vez si podía le haría presente su agradecimiento, aunque fuese de la manera más humilde, porque iba a ver a su hijo que estaba malo, y Clara, abreviando su viaje, habíala hecho una grandísima merced.

Cuando la infanta llegó a palacio acudió, como era siempre lo primero que hacía, a saludar a su papagayo, que estaba en un cimbel de oro en la ventana del mismo aposento de su ama, quien le llevaba en su propia mano bizcochos y otras varias golosinas.

Doña Marlota y don Farfán reuniéronse entretanto a determinar lo que debieran hacer en vista de las actitudes enérgicas de la infantita. Habían pensado en disponer los acontecimientos de manera que el príncipe Limón llegase ocultamente al alcázar y pusiera al monarca en el trance de desposarle con su hija, con lo que ellos habrían triunfado, y disponiendo de la voluntad del marido anularían la de la mujer. Pero la respuesta del príncipe Limón era categórica. Ni él quería a la infanta Clara, ni nada que significase recuerdo del poder de su padre. Por otra parte, él tenía dispuesta su boda con la princesa Panderetina, hija de la reina Panderetona, y necesitaba para ellos solos el trono del padre de la infanta Clara, quien debía desaparecer. Así, a la muerte del monarca, Limón invocaría su parentesco, aunque lejano, con el rey muerto y se apoderaría del cetro, premiando magníficamente a doña Marlota y don Farfán.

En vista de eso, y como si se tratase de la cosa más natural del mundo, el aya y el mayordomo decidieron dar jicarazo a la infantina.

—Démosla un bocado—propuso don Farfán.

—Por Dios—exclamó socarronamente doña Marlota—, ¿es que ya muerde usted?

—No, señora, entiéndame usted—replicó amoscado don Farfán—. Lo que

quiero decir es que podemos proporcionarle una especie de tósigo, ponzoña o bebedizo con que librarnos de ella.

Tenía don Farfán ciertas hierbas y recetas misteriosas heredadas de su padre, que había sido boticario de afición, y en poco estuvo que no le quemaran vivo por achaque de brujería. Convínose en que para no perder el tiempo, aquella misma tarde se diese a la infanta el veneno en el chocolate que solía tomar a la hora de la merienda. Y con una tranquilidad asombrosa así lo hicieron, poniéndose muy serios cuando una azafata, inocente de lo que llevaba entre las manos, presentaba a su alteza el cuenco chinesco lleno del humeante soconusco.

Era instante decisivo. La infanta se disponía a mojar en el tazón el primer bizcocho, cuando la hizo detenerse una voz extraña que decía así:

Señora, es un disparate probar ese chocolate.

La infanta y todos los presentes dirigieron la vista hacia el lugar de donde habían salido esas palabras. Y vieron que era el papagayo desde su cimbel de oro quien las había pronunciado y las repetía con la mayor claridad.

Doña Marlota y don Farfán se miraron confundidos, pero aún hicieron un esfuerzo para intentar convencer a la princesa de que no debía hacer caso de aquel aviso, que no procedía sin duda más que de un raro capricho del pájaro. Pero la infanta Clara dijo que cuando su papagayito la avisaba, su razón tendría, y que el chocolate aquel se lo tomasen ellos si querían. El aya y el mayordomo declinaron la generosa invitación, y para alejar toda prueba contra ellos, ya que su infame propósito había fracasado, se apresuraron a ordenar que aquella bebida fuese al punto arrojada por la ventana con tazón y todo.

La infanta comenzó a hacer grandes fiestas a su papagayo y se quedó con sus bufones y sus lebreles, mientras doña Marlota y don Farfán, retirados a otro aposento apartado del palacio, hablaban de cómo se habían frustrado sus intentos y de la necesidad que había de deshacerse, ante todo, de aquel avechucho tan oportuno. Al fin se convino en que aquella misma noche le

pondrían unas ramas de perejil en el comedero para que probase de ellas y reventase cuanto antes.

Pero con estupefacción del aya y del mayordomo, no bien habían terminado de formular el siniestro acuerdo, cuando escucharon decir a sus espaldas:

No hay bastante perejil en tu huerto y otros mil.

Aquello picaba en demasiada historia. Era también el papagayo, que al terminar sus frases prorrumpía en un sonido gutural como el de una carcajada, y a vuelos y a saltitos de mueble en mueble salía de la habitación donde ellos se habían creído tan seguros.

No les quedaba más remedio que jugarse el todo por el todo, y comunicando su fracaso al príncipe Limón hacerle ver que no le quedaba más recurso que el de la violencia y venir en son de guerra a apoderarse del reino, desde dentro del cual ellos le ayudarían en toda la medida de sus fuerzas. Aplazaban para una próxima reunión el convenir el modo de dirigirse al soberano de Citronia sin despertar sospechas, cuando les hizo suspender bruscamente las negociaciones el griterío de azafatas y dueñas que, alocadas, penetraban en todas las estancias diciendo a voces que se había perdido la infanta y no se la encontraba por parte alguna. Doña Marlota y don Farfán se acordaron de que por de pronto a quien debían rendir cuentas de la persona de la infantina era al rey, su padre, y pusiéronse a la cabeza de toda la servidumbre, que en vano seguía la busca por todos los aposentos, y por las siete torres, los siete patios, los siete puentes y los siete jardines.

No había que dudar. La infanta Clara se había perdido, y al mismo tiempo el papagayo. Con lo que empezó a atribuirse a la intervención extraordinaria de aquel pájaro lo que estaba pasando. Pero fué mayor la maravilla del aya y del mayordomo, que ya estaban viendo sus cabezas bajo del hacha del verdugo, cuando esa misma noche, en el momento en que se disponían a marchar a la corte del príncipe Limón para escapar del castigo que les esperaba en la de su monarca, recibieron un mensajero de éste que les invitaba a acudir sin pérdida de momento a la capital del reino para asistir a la boda de la

infanta Clara con el príncipe Sol. Y la ceremonia había de verificarse a la siguiente mañana.

Más aturdidos todavía pusiéronse en camino, sin lograr darse cuenta de lo que ocurría. Y preguntándose quién podría ser aquel príncipe Sol, que sin saber ellos una palabra era el novio e iba a ser tan pronto el esposo de la infantina. La infantina, en cambio, lo sabía perfectamente, porque todos los días se lo decía su papagayo, que era conducido a ese príncipe por el mulatito a quien hirió don Farfán. Y el príncipe Sol ya no quiso luego tan sólo el ave prodigiosa, sino con él a la princesa. Así la habían pedído sus embajadores al padre de ella, quien no podía soñar mejor esposo para su hija y heredero para su trono que aquel príncipe Sol, que llenaba el mundo con los más varios y nobles prestigios de su fama.

Llegaron doña Marlota y don Farfán a la corte a punto de verificarse la boda, y los muy hipocritones se deshacían en zalemas a los novios. Eran grandes las fiestas dispuestas, y ya iba a comenzar un espléndido festín que había de ser seguido de un gran baile. Pasaban los recién casados seguidos del aya y del mayordomo por una terraza del jardín de palacio, cuando por la parte de afuera pasaba un esclavo negro pregonando:

«¿Quién compra la fruta de oro?
Son naranjas de la huerta del Rey Moro.»

A doña Marlota se le antojaron, porque hacía mucho calor y se había sofocado en la capilla, con que don Farfán apresuróse a llamar al negro para comprarle unas naranjas con que obsequiar a su pareja. Así lo hizo, y la infanta Clara, atraída por la belleza de aquellas frutas, iba a decir a su marido que le comprase algunas, cuando oyó que éste le dijo que dejase a los fantasmones que las comiesen, pero que no las probase ella. Y aunque hubiese querido llamar al vendedor no habría podido hacerlo, porque había desaparecido como por encanto.

—¿Tú te acuerdas—dijo el príncipe a su mujer—de una viejecita a quien un día diste asiento en tu coche con gran escándalo de tu aya y de tu mayordomo?

—Vaya si me acuerdo de la pobrecita mujer—respondió la infanta Clara.

—Pues mira—siguió él—, la viejecita llegó a tiempo de ver morir a su hijo porque tu abreviaste su camino, que si no habría quedado sin ese consuelo en un momento tan angustioso. Y es ella la que ha hecho venir a ese negro, no sólo para que la informe de nuestra felicidad, sino precisamente para que doña Marlota y don Farfán coman de esas naranjas que están comiendo ya.

Poco después, al organizarse para entrar en la sala de fiestas la solemne comitiva presidida por el rey, y en la que figuraba toda la corte, doña Marlota y don Farfán, que iban como siempre juntos, el uno miró a la otra y la otra al uno y se contemplaron con horror.

—Doña Marlota—decía él—, que le ha salido a usted un rabo como el de una mona.

Y ella, sin hacerle caso, le respondía:

—A usted si que le han salido unas grandes orejas de burro.

Y así era verdad. Por maleficio de las naranjas del negro, al aya la había nacido de repente una enorme cola, que saliéndole por debajo del pompillo se le retorcía graciosamente, y el mayordomo ostentaba unas descomunales orejas de pollino.

Ante un espejo comprobaron su desgracia y se horrorizaron. Pero por el momento no quisieron que fuera notada su ausencia en la fiesta, y don Farfán corrió por un manto que cubriese el apéndice de doña Marlota, y él encasquetóse un gran sombrero que le tapase las orejas, pensando hacer valer su hidalga condición para permanecer cubierto dentro de palacio.

De esa manera entraron en el salón donde estaba la corte reunida. Pero no contaban con un pajecillo mulato que disimuladamente no hacía más que pisar por encima del manto que ella arrastraba el rabo de doña Marlota, lo cual la hacía ver las estrellas, pero se aguantaba por no quejarse. Hasta que cuando ya pasaban por delante del rey y de los recién casados, el paje mulato dijo:

—Yo he de ser portacola de tan gran señora.

Y diciendo y haciendo cogió la punta del manto del aya, con lo que un enorme clamor de la concurrencia hizo comprender a la poseedora del incó-

modo adorno que su incomprensible desventura había sido sorprendida. Y no paró en ello la desgracia, sino que el papagayo de la princesa llegóse de un vuelo a la peluca de la misma doña Marlota y volviendo a volar llevósela entre las garras, descubriendo el mondo casco de la infeliz, y derribando al pasar el sombrerote de don Farfán, quien en aquel momento lució las grandes orejas borricales que había tratado de ocultar.

Ambos huyeron como pudieron, mientras todos los cortesanos y la infanta Clara, más que nadie, reían de la grotesca aventura. Es fama que doña Marlota y don Farfán no pararon de correr hasta que llegaron a refugiarse en los estados del príncipe Limón, donde se ignora si encontraron un contrahechizo que les librara de sus ominosos aditamentos.

Y mientras en extraña tierra recapacitaban una vez más sobre la inutilidad de las guardas rigurosas, y en su propia corte el padre de la infantina reflexionaba en lo demasiado bien que había salido del abandono personal en que tuvo a su hija, la infanta Clara, muy contenta de haber sido y de seguir siendo buena y limpia de corazón, era feliz con su papagayo y con su príncipe, y seguirá recibiendo como el mejor besamanos el homenaje cariñoso de sus siete lebreles.

PEDRO DE REPIDE

OIR CAMPANAS...

HAY en castellano, como en todas las demás lenguas, una porción de expresiones desconcertantes, las cuales, por el uso frecuente que de ellas hacemos, no nos sorpenden; antes bien, consideramos que cumplen fielmente en el menester de declarar nuestro pensamiento. Por ejemplo: *un pillo de sietesuelas.* ¿Qué es esto de las siete suelas de un pillo? ¿Por qué han de ser siete y no seis ni ocho? ¿De dónde viene, qué origen ha tenido esta curiosa expresión? A ninguna de estas problemáticas preguntas acertamos a responder. Sin embargo, cuando llega la ocasión adecuada y hablamos de *un pillo de sietesuelas,* nadie imagina que nos referimos literalmente al espesor de su calzado, sino que todo el mundo entiende lo que hemos querido significar; esto es, un pillo redomado y fuera de lo común.

En el corral de una casa vi un jaulón con unas tórtolas; un jaulón, en verdad, extraño. A lo cual, habiendo el dueño advertido mi extrañeza, dijo: «Este jaulón que aquí ve fué un tiempo la armadura de un miriñaque. Sirvió hace cuarenta años para ahuecar el faldamento de mi abuela y ahora sirve para albergar tórtolas».

Lo mismo ocurre con las expresiones desconcertantes y frases proverbiales. Nos prestan servicio; pero casi siempre olvidamos o ignoramos el servicio que en lo antiguo hubieron de prestar y la razón de su nacimiento.

Oir campanas y no saber dónde es una de las más repetidas frases proverbiales. ¿Cuál es la historia de esta frase, más vieja, sin duda, que los miriñaques?

Yo he dado, por casualidad, con esa historia, leyendo un libro hindo, titulado *Hitopadesa,* o libro del Buen Consejo; uno de los libros más venerables de la humanidad.

He aquí la historia:

Hay una ciudad, llamada Brahmapura, en las montañas Sriparvata. Guardábase en una de las pagodas de la ciudad una milagrosa campana de plata.

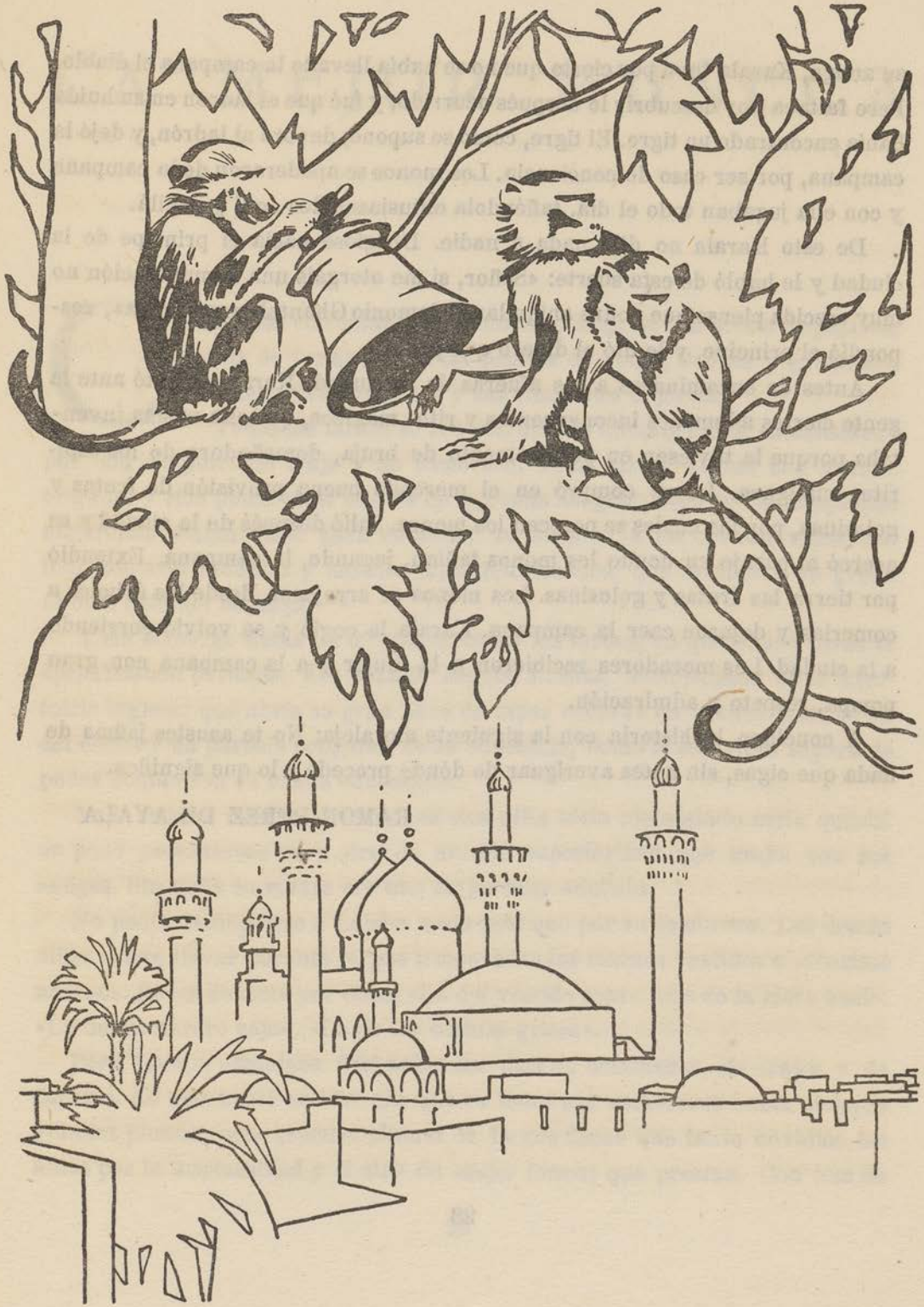
Una mañana, la campana faltó de la pagoda. Los moradores de la ciudad se desolaron, por haber desaparecido la campana y porque sospechaban que habrían de sobrevenirles desdichas y fieros males.

En la tarde del mismo día, comenzó a oirse la voz familiar de la campana, sobre la cima de un monte vecino a la ciudad, en donde había un espeso bosque. Los ciudadanos más animosos salieron hacia aquella parte a fin de recuperar la campana. Recorrieron el bosque durante varias horas; vieron muchos monos, que en la India abundan sobremanera; pero no hallaron la campana. Y así hubieron de volver desalentados a la ciudad.

Los días siguientes, la campana continuaba sonando tan pronto de un lado, tan pronto de otro; y los animosos ciudadanos salían, día tras día, tan pronto de un lado, tan pronto de otro, sin temor a los tigres, que también abundan en la India, aunque no tanto como los monos. Pero la campana no aparecía. Todos la oían sonar y no sabían dónde.

Entonces los sacerdotes y los sabios de la ciudad, reunidos en Consejo, proclamaron que el ladrón había sido Ghantakarna, nombre que quiere decir el diablo que lleva campanillas en las orejas; el cual, como se ve, era muy aficionado a este linaje de instrumentos, y por eso había robado la campana de la pagoda, y ya que la tuvo por suya se burlaba de los piadosos ciudadanos haciéndoles oir la campana sin saber dónde.

Pero había en la ciudad una mujer de mala reputación, llamada Karala, la cual, como dice el libro hindo, «tenía un poco más de sentido común que el resto de sus convecinos»; pues no es raro que las personas de conducta indigna se acrediten de entendimiento agudo e ingenioso. Esta mujer se industrió sagazmente hasta averiguar la verdad de lo acaecido. Ella sabía que no un demonio añascador, sino un ladrón de verdad, un ladrón de carne y hueso acariciaba el propósito de robar la campana de plata y huir con ella a otra ciudad, en donde venderla a buen precio. Lo sabía porque el ladrón era amigo suyo. Y así, cuando la campana faltó, como aquel mismo día desapareciese el ladrón



su amigo, Karala tuvo por cierto que no se había llevado la campana el diablo. Pero faltaba por descubrir lo después ocurrido; y fué que el ladrón en su huída había encontrado un tigre. El tigre, como se supone, devoró al ladrón, y dejó la campana, por ser caso de conciencia. Los monos se apoderaron de la campana y con ella jugaban todo el día, tañéndola entusiasmados aquí y acullá.

De esto Karala no dijo nada a nadie. Dirigióse hacia el príncipe de la ciudad y le habló de esta suerte: «Señor, si me otorgáis una remuneración no muy crecida pienso que podré aniquilar al demonio Ghantakarna». «Sea», respondió el príncipe, y le dió el dinero que pedía.

Antes de encaminarse a las afueras de la ciudad, Karala ejecutó ante la gente ciertos ademanes incongruentes y ritos mágicos, que ella misma inventaba porque la tuviesen en predicamento de bruja, domeñadora de los espíritus malignos. Luego compró en el mercado buena provisión de frutas y golosinas, por las cuales se perecen los monos. Salió después de la ciudad y se acercó al paraje en donde los monos tañían, jugando, la campana. Extendió por tierra las frutas y golosinas. Los monos se arrojaron desde los árboles a comerlas y dejaron caer la campana. Karala la cogió y se volvió corriendo a la ciudad. Los moradores recibieron a la mujer y a la campana con gran pompa, respeto y admiración.

Y concluye la historia con la siguiente moraleja: No te asustes jamás de nada que oigas, sin antes averiguar de dónde procede y lo que significa.

RAMON PEREZ DE AYALA

LA MEJOR MUÑECA

CORRÍAN las chicuelas, parlanchinas y alegres, con aleteo de pájaros, detrás de los aros y de las pelotas de goma, ligeras y graciosas, animando con sus gritos y sus risas todo el jardín.

Todas las tardes se reunían allí las mismas niñas; se amistaban por una simpatía de traje y de sombrero. Toda recién venida con vestido elegante y rico podía estar segura de la buena acogida; pero pocas de aquellas mujercitas tenían valor para conceder su amistad a las escasas niñas con indumentaria modesta y zapatos algo deteriorados, que formaban su grupo al otro lado del estanque.

Y sin embargo había un momento, todas las tardes, en que unas y otras se aproximaban curiosas. Era cuando llegaba Luisita, acompañada de la institutriz inglesa; que abría su gran libro de tapas oscuras en cuanto descendían del coche y no parecía ocuparse de su educanda, como si estuviese segura de poder contar con su buena educación.

No le faltaba motivo. Luisita era una niña seria ¡demasiado seria quizás! un poco presuntuosa en el aire de amable superioridad que usaba con sus amigas. Sin duda su madre era una mujer muy adulada.

No podía distinguirse a Luisita nada más que por su sombrero. Las demás niñas solían llevar durante largas temporadas los mismos vestidos e idénticos adornos. Se las conocía por ellos. «La del vestido rosa». «La de la cinta azul». «La del sombrero rojo». «La de las botinas grises».

Pero Luisita cambiaba casi todos los días de sombreros, de trajes y de zapatos. Lo más usual en ella era que en todos sus sombreros había siempre grandes plumas; esas grandes plumas de largos flecos que tanto envidian las niñas por la suntuosidad y el aire de mujer formal que prestan. Con una de

esas plumas miran siempre los chicos con interés, y toman cierta gracia maligna los movimientos cuando corren detrás del aro.

Era quizás por su aire de mujercita, por su coquetería nativa o por el prestigio de sus grandes plumas por lo que Luisita ejercía una gran influencia sobre sus compañeras, que la hacían dueña de sus juegos y acataban sus menores caprichos.

Luisita deslumbraba a sus amigas con su aire de superioridad y su carácter díscolo y poco comunicativo. Sin embargo, los primeros días de su aparición en el *parterre,* se la había mirado con recelo. Ella no llevaba jamás dulces ni juguetes para repartirlos con sus compañeras.

Rosalía se lo dijo en el primer regaño.

—«Tú te das mucho postín, pero te comes nuestros bombones y juegas con nuestros *diábolos* y nuestras muñecas, y no traes nada en cambio».

Todas las niñas rieron contentas de que una dijera lo que ellas pensaban y murmuraban por lo bajo.

Luisita no se inmutó.

—Yo no puedo traer mi muñeca—dijo—porque mi muñeca es demasiado grande y preciosa para poderla traer así, como una cosa cualquiera, a un sitio de estos. ¡Si vosotras viérais mi muñeca!

Se acabó la hostilidad de las pequeñuelas bajo el influjo de su curiosidad, y todas, Rosalía la primera, rodearon a Luisita.

La niña estuvo elocuente para describir su muñeca: Era alta, esbelta, graciosa, se movía con goznes; andaba gracias a una máquina maravillosa y podía articular multitud de palabras. Tan bella era que las visitas de su mamá la creían una niña de carne y hueso. Un señor inglés—porque siempre son ingleses los señores caprichosos que hacen cosas raras—había ofrecido un *montón de dinero muy grande* para llevarle a su hija la muñeca maravillosa, pero el papá de Luisita no había querido darla.

—Me hubiera costado la vida separarme de mi *Lulú*—decía con serenidad la niña—; la quiero como a una hija... y mi mamá la quiere tanto como a mí. Mi *Lulú* tiene una doncella y se le hacen trajes nuevos en todas las estaciones.

—¿Se los haces tú?

—¡Qué disparate! La viste el sastre y la modista de mamá. Ahora en cuanto papá realice un negocio le amueblarán, en una casa nueva, más espaciosa que la que tenemos, un departamento a *Lulú*.

—¿Dónde vive ahora?

—Tiene su habitación entre la de mamá y la mía. Una alcoba Pompadour y un armario de tres lunas.

Una niñita vestida de luto se atrevió a preguntar cómo era la alcoba Pompadour.

—Color rosa, con guirnaldas y canastillas de flores, muchas gasas y muchos dorados.

Esta descripción rodeó de poesía a la extraordinaria muñeca, y desde entonces, todas las tardes al entrar Luisita las niñas se arremolinaban en torno de ella para pedirle noticias de su muñeca, en la cual de cierto modo, todas tenían ya parte.

Luisita sabía mantener el interés.

—A mi muñeca la he dejado hoy asomada al balcón para que vea pasar la gente—decía un día.

Otro añadía:

—Hoy un médico, con su lanceta y todo, ha vacunado a mi muñeca para que no le den las viruelas locas, que dejan tan fea la cara y enfurruñan el gesto, como le pasa a Margarita, que desde que tuvo las viruelas parece que hace muecas impertinentes.

Una tarde exclamaba llena de dolor:

—Se ha descuidado la doncella y se ha caído mi muñeca, haciéndose un chichón monumental. Mamá quería despedir a la sirviente; pero papá me ha prestado un duro y se lo he puesto apretado con un pañuelo sobre el bulto, y allí se ha quedado sentada en su silla, con los ojos cerrados, como si le doliese mucho la cabeza y no pudiese abrirlos.

Algunas niñas lloraban.

—¿Por qué no estás con ella?

—Quería quedarme a cuidarla, y mamá me ha obligado a salir.

Aquella tarde el juego fué triste.

Luisita supo mantener una semana el interés de la enfermedad.

—Mi muñeca ya anda hasta el comedor; pero no la puedo dejar sola porque se caería aun.

Sus amigas no dudaban de nada, quizás porque les parecía la más mujer de todas: una mujer seria, con el prestigio de su gran pluma.

Rosalía insistía a veces:

—¿Por qué no la traes un día?

—Porque dice mamá que se puede llenar de barro o le puede tirar una piedra un golfo... Cuando papá compre un coche cerrado que me ha prometido entonces la traeré, y os saludará desde su asiento. Yo os llamaré a todas.

En la continua evocación, la muñeca de Luisita había llegado a ser algo real para todas aquellas niñas, y todas hablaban en sus casas y con sus amigas de la maravillosa muñeca. Esta había ya tomado personalidad humana.

—¿Sabéis lo que me ha sucedido anoche?—d ecía una tarde Luisita—. Pues que he oído ruido en la habitación de mi muñeca, y cuando he ido esta mañana a verla la he encontrado sentada en un sitio distinto del que la había dejado.

—¿Será posible?

—¿Estarás equivocada?

—Habrá entrado alguien—respondieron las niñas.

—No; no ha entrado nadie, y yo estoy bien segura de haberla dejado sentada al lado de la puerta y estaba cerca del balcón.

—¡Se habrá ido sola!

—¡Indudablemente!

—Pero eso es imposible—dijo una de las mayorcitas.

—¿Por qué ha de serlo?—repuso otra—. Yo he leído cosas así en los libros.

—Como que una muñeca así debe tener alma—agregó otra niña.

—Por eso es tan bonita.

—¿Será alguna princesa encantada?

—¡Quién sabe!

—Alguna vez me lo he sospechado—dijo Luisa.

—Pues debías observarla bien.

—Y decírselo a tu mamá.

—¿Cómo es de grande?

—Así...—la niña señalaba más alto que su cabeza.

—Ya ves como puede ser una mujer de verdad.

—Como que a veces parece que parpadea y que sonríe.

Las niñas se separaron de su amiguita, maravilladas, para ir a contarse de unas en otras que la muñeca de Luisita «que era *así* de grande»—y todas las pequeñuelas se alzaban de puntillas y estiraban el brazo hacia arriba—bien podía ser una princesa encantada.

Desde aquel día el prestigio de la muñeca, y por consecuencia el de Luisita, creció de un modo extraordinario.

Todas las niñas creían tener parte en aquella muñeca... que bien podría ser una princesa.

Luisita mantenía vivo el interés. Decía una tarde:

—Ayer dejé acostada a mi muñeca y al volver la encontré sentada en la cama, con los ojos azules muy abiertos y tristes, como si hubiera llorado.

Otra vez decía:

—Mi muñeca no puede sufrir el color de rosa. Cada vez que la pongo un traje rosa se le nota que tiembla y se pone nerviosa. Algunas veces se desabrocha el vestido..., yo lo había notado y no me daba cuenta; pero hoy, mirando por la cerradura, cuando ella se creía sola, la he visto levantar el brazo y tirar lejos su sombrerito de bridas rosadas.

—¿Y no te ha dado miedo?

—¡Ya lo creo! No volveré a estar a solas con ella.

—Como es más grande que tú podría pegarte—dijo una.

—No. Es muy buena y me mira con mucho cariño.

—¿Pero por qué no le cuentas todo eso a tu mamá?

—Tengo miedo de que se incomode y me separe de *Lulú*.

—Es verdad.

—Lo mejor es tener precaución y vigilarla—concluyó otra.

—Como que si es una Princesa—agregó una—tarde o temprano vendrá un Príncipe hijo de rey a desencantarla y se casarán.

—Y tú entonces serás una gran señora en palacio.

—Y le darán mucho dinero a tu padre.

—Lo harán Gran Visir—añadió una que había oído leer las *Mil y una Noches.*

—Es mejor no decir nada y esperar—resolvieron las niñas.

—Como que si la mamá de Luisita se asusta, puede tirarla e ir a parar a un basurero—añadió una para reforzar la opinión.

—Figúrate que pena si fuera una Princesa.

—Ella que está acostumbrada a tanto regalo—gimió Luisita.

—Y que jugarían con ella los hijos de los traperos.

—Y las muchachas de la calle.

—Probablemente le romperían las piernas y le arrancarían el pelo.

—Estoy segura de que se moriría de miedo y de vergüenza si se viera desnuda—insistió Luisita. La conozco muy bien.

Una tarde Rosalía les propuso a las otras:

—Es preciso rogarle a la institutriz que influya con la mamá de Luisita para que un día traiga su muñeca.

—Justo—afirmó otra—que la besemos siquiera una vez. Ese día no faltaremos ninguna.

—Besarla no—corrigió Elisa más juiciosa—la molestaríamos demasiado. Nos bastará con verla.

—Señorrita Luisa—decía en mal español la voz desapacible de la Miss inglesa, entre el corro de niñas que le habían expuesto su deseo de ver a la muñeca—¿Cómo se ha atrevido usted a mentir y engañar a sus compañeras contando todos esos embustes? Se lo tendré que decir a su mamá.

Y mientras Luisita, ruborizada y confusa, no sabía qué decir, las niñas se iban apartando tristes, silenciosas, desencantadas; como si al perder la ilusión de la existencia de la muñeca maravillosa se les hubiera roto a todas su mejor muñeca.

CARMEN DE BURGOS *(Colombine).*

—Y si obtienes nada una gran señora en palacio.

—Y le darán mucho dinero a tu padre.

—Lo harán Gran Visir—añadió una que había oído hablar de Alí y una Vanda.

—Es mejor no decir nada y esperar—resolvieron las niñas.

—Como que si la nueva de Lulita es nada, puede tirarla a la para a los bueyes—añadió una para reforzar la opinión.

—Figurate que gana si toca una Princesa.

—Ella que está acostumbrada a tanto regalo—añadió Lulita.

—Y que hunde a con ella los hijos de los traperos.

—Y las humildades de la nulla.

—Probablemente le rompería las piernas y le arrancaría el pelo.

—Estoy seguro de que se morirá de pidio y de vergüenza si se vera desnuda—insistió Lulita. La conozco muy bien.

Una tercia Rosalía las propuso a las otras:

—Es preciso recurrir a la institutriz que hubiera con la prima de Lulita para que un día traiga su muñeca.

—Justo—afirmó otra—que la besemos siquiera una vez. Los día no tuvieron ninguna.

—Desarrá no—corrigió Elisa más tuleosa—la pulsera tuvieron demasiado. Sus bastará con verla.

—Señorita Lulita—hacía en mal español la voz desapacible de la Sra. Inglesa, entre el coro de niñas que la habían sugerido su deseo de ver a la muñeca—¿Como es la atrevida niña a mentir y engañar a una compañeras contando todas esas embustes? Se lo tendré que decir a su mamá.

Y mientras Lulita, ruborizada y confusa, no sabía qué decir, las niñas se iban apartando tristes, silenciosas, desencantadas; como si al perder la ilusión de la existencia de la muñeca maravillosa se les hubiera roto a todas su mejor muñeca.

CARMEN DE BURGOS (Colombine).

EL LIRIO AZUL

Tòcam, tòcam,
bòn pastor:
tú que'em tòques
no em nomenes,
que m' han mòrt
en ríu d'Arenes
per la flòr
del lliri blau.
Canción popular.

ERASE que se era un Rey moro; pero un Rey moro de verdad, clásico, con turbante blanco y gran burmís, barba negra sembrada por la edad de hilos de plata, nariz aguileña, abdomen insolente y piernas flacas. Se pasaba los días desgranando un rosario, tomando buñuelos rociados con rosolí y afirmando que Alah es grande, cosa que todos los musulmanes creen a pies juntillos.

Aunque las crónicas aseguran que era Rey, nadie ha podido averiguar dónde reinaba; pero por ciertos detalles que se dirán cuando llegue la sazón, puede colegirse que su reino era un pedazo del territorio valenciano.

Historiadores de la época recuerdan que Sidi Leafar Ben Egnemoc descendía directamente del Profeta, y era santo o poco menos.

Protector decidido de las ciencias y las artes, había creado una Universidad, en donde los sabios enseñaban las revelaciones divinas a los jóvenes estudiosos, y había encargado a los alarifes que construyeran palacios, mezquitas y fuentes, con tan prodigiosa habilidad, que las paredes eran de encaje, las cúpulas de nubes, las fuentes mármol en movimiento o agua parada, que era tal la ilusión de la vista el admirarlas que no se sabía si era el mármol el que manaba o era el agua la que se estaba quieta.

Los poetas dijeron que Sidi Leafar Ben Egnemoc era el magnífico por exce-

lencia, que Alah se había recreado al darle el sér y que su nombre sería inmortal. Los artífices que fabricaron sus palacios hallaron medio de colocar estas alabanzas entre las tracerías y arabescos de las paredes, entreverando los elogios poéticos dirigidos al Rey con versos del Korán y místicas oraciones.

Con esto y con saber que el Rey moro tenía un harem bien provisto de bellezas, tres hijos de la sultana, Solimán, Yusuf y Mohamed, caballos ligeros como el huracán y vasallos fieles, queda dicho que era feliz.

Un día, el Rey Leafar tuvo un sueño que a él le pareció inspiración divina. Soñó que en un confín de la tierra, una hurí del Profeta, bajada del cielo, había depositado el germen de una flor encargada de guardar en su cáliz el secreto de la felicidad. Él mismo vió a la hurí descender de las nubes, después de despedirse del Profeta con un beso, posarse en el suelo como un pájaro, y esconder en la tierra el beso de Mahoma, la simiente sagrada.

¿Fué locura del descabellado imaginar que en los sueños finge realidades las mentiras? Lo ignoraba; consultó a los astrólogos y santones, y todos declararon que Mahoma no podía engañar a un descendiente suyo.

Averiguó más; leídos y releídos los libros sagrados, se halló una profecía según la cual, un hijo de reyes encontraría la flor de la felicidad. A Sidi Leafar le parecieron tan asombrosas estas revelaciones, y llegó a preocuparse con este motivo tanto, que el seno de sus concubinas, el lomo de sus caballos y el pomo de su gumía, lloraron los olvidos incomprensibles del Rey. El amor y la guerra cedieron el paso a la meditación.

Pasado un año, Alah se apiadó, e iluminando su espíritu con un soplo, le hizo conocer que la flor que había brotado del germen paradísiaco era un lirio azul, totalmente azul, sin estrías blancas ni venas moradas o de color de rosa; azul como una turquesa, como el cielo, como el mar en calma. Un solo tono, puro, igual, hermoso, distinto, único.

Llegó la piedad divina hasta a revelarle que el lirio ya abierto al oreo de

la brisa estaba junto al río de las Arenas aguardando al Príncipe que, al cogerle, tendría en su mano la dicha del mundo.

Los cristianos avanzaban hacia el reino de Sidi Leafar; el poniente había agostado las mieses, amenazaba más el hambre que la guerra; un cometa anunció la peste y la ira de Dios; urgía, pues, el lirio azul, y el Rey, después de orar largo tiempo vuelta la faz a la Meca, llamó a los Príncipes y dijo a cada uno de ellos separadamente:

—Hijo mío: sólo Alah es grande, él humilla al soberbio y levanta al siervo. Junto al río de las Arenas crece una flor nacida de un beso del Profeta; su cáliz contiene la dicha: el que posea el lirio azul será feliz. Esa flor no podrá arrancarla más que un hombre venido de Reyes. Te engendré, Príncipe; la felicidad falta en mi reino, vete a buscarla, hijo mío, al río de las Arenas. Recibe antes mi bendición y que Alah te guarde.

Solimán, Yusuf y Mohamed partieron. Un ruego de su padre hubiera sido una orden para ellos, un mandato era como precepto del Korán; algo que se cumplía con veneración y respeto.

A 12 de chaaban partieron del reino de su padre en busca del río de las Arenas.

¿Era éste el Tajo? ¿El Darro? ¿El Júcar? ¿Quién lo sabía? Había que esperar a que el acaso les guiase, y el acaso es una senda en el agua que el aire borra a cada momento.

¡Qué hermoso era el reino de su padre antes de provocar la ira celeste! Crecía el trigo en la llanura semejando un mar con olas de esmeralda; a trechos erguían sus cabezas desmelenadas las palmeras, cuyo tronco, parecido a labrada columna, se coronaba de racimos de dorados frutos; las naranjas aparecían entre el verde oscuro del folllaje como las chispas errantes en las pavesas; los plateados olivos trepaban por las laderas, persiguiendo los pinos que huían medrosos a la cima del monte. En los huertos y en las alquerías,

ofrecían los árboles traídos de Persia frutos apetitosos que eran bálsamo concentrado y aroma recogido en finísimos estuches. Abajo, en la tierra, todo verdor y frondosidad; arriba, en lo alto, un cielo límpido y sereno.

Iban juntos caminando, cuando al llegar a un riachuelo, Solimán, que quería para él solo la flor de la felicidad, propuso que cada cual recorriese su camino y pidiese en trance apurado auxilio a su espada.

Se separaron; Solimán siguió la dirección de la estrella polar. Yusuf dirigió su caballo hacia el Oriente. Mohamed, viendo que era la hora del crepúsculo echó pie a tierra y rezó.

Mohamed era el más pequeño; acababa de cumplir diez y ocho años y aún la barba naciente se consideraba ineficaz para ocultar los rasgos hermosamente juveniles de su rostro.

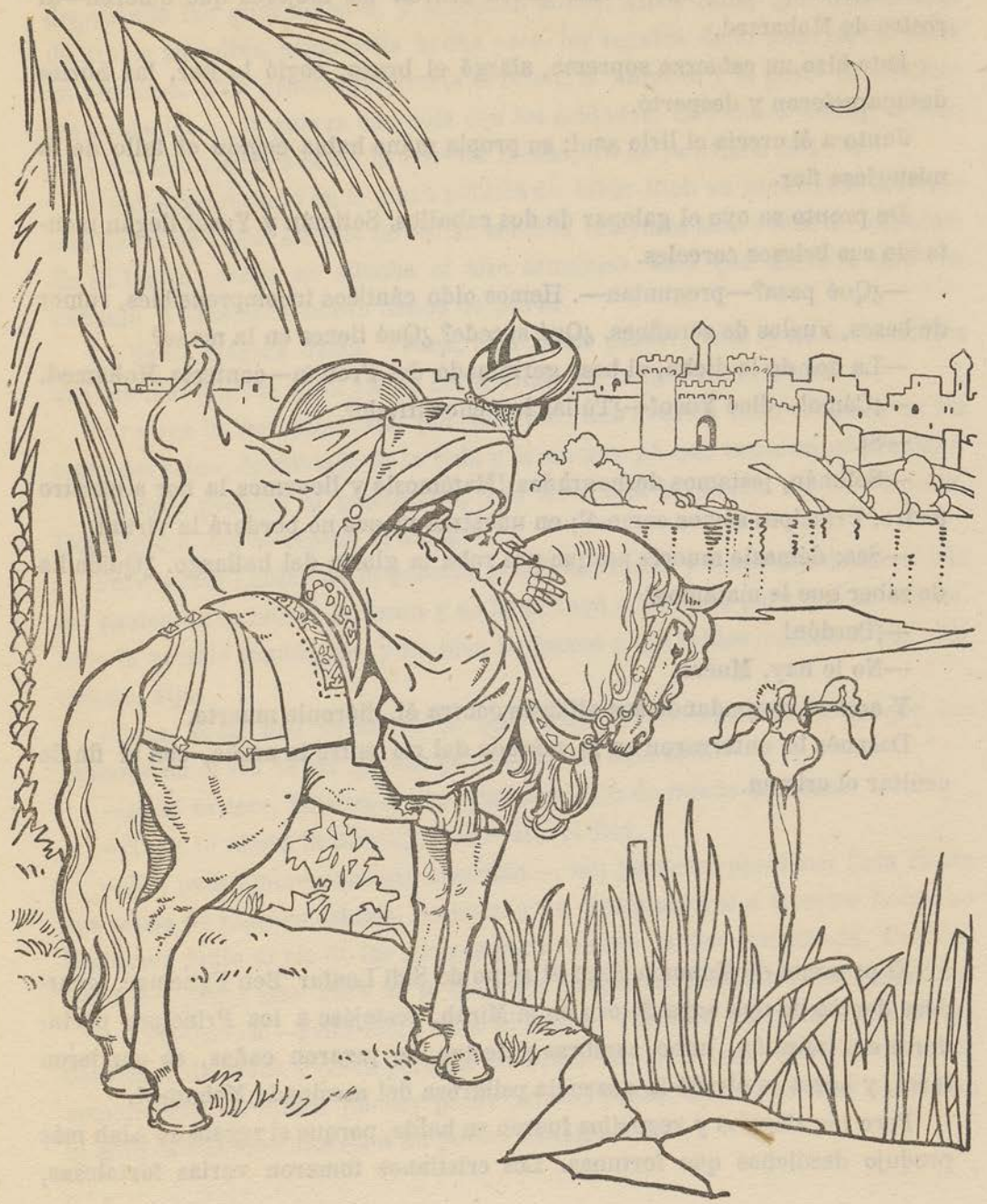
Aún no había concluído su rezo cuando le acometió extraño e inacostumbrado sopor. Se cerraban sus ojos y a pesar de ello dibujábanse en su retina millones de imágenes. Una cadena de hermosísimas mujeres enlazadas descendía del cielo; todas sonreían, todas tenían los ojos verdes, todas entonaban cánticos de amor. Variaban la postura que les tocara en suerte en aquella guirnalda de bellezas, cambiaba la expresión de su rostro, pero la línea era la misma, siempre idéntica mujer repetida hasta el infinito.

La primera de la serie interminable, que parecía dormirse, tenía por almohada el sol; la última jugueteaba en la tierra con un lirio azul.

La cadena principiaba en la delicadeza de un perfume y terminaba en la luz; el intermedio lo llenaba la música inagotable en aquellas bocas divinas, verdaderas cajas de rojo coral que encerraban irisadas perlas.

—Yo no he tomado hatchís—se decía Mohamed—ni ningún perro infiel me ha emborrachado con el zumo fermentado de las vides; ¿por qué, sueño, burlas que me desesperan? Y si estoy despierto y esa flor deseada está al alcance de mi mano, ¿cómo no la cojo?

Y las mujeres de los ojos verdes aumentaban sus gestos provocativos, sus cánticos de amor, sus enlaces irresistibles; y la última de la cadena, la más bella de todas, cuyo cuerpo parecía cincelado por un arcángel, cogía entre los dientes menudos, blancos y redondos, la flor de la felicidad, el lirio azul,



y la acercaba sonriendo—como saben sonreir las mujeres que quieren—al rostro de Mohamed.

Este hizo un esfuerzo supremo, alargó el brazo, cogió la flor, las huríes desaparecieron y despertó.

Junto a él crecía el lirio azul; su propia mano había cogido el tallo de la misteriosa flor.

De pronto se oye el galopar de dos caballos. Solimán y Yusuf llegan montando sus briosos corceles.

—¿Qué pasa?—preguntan—. Hemos oído cánticos incomprensibles, rumor de besos, vuelos de serafines. ¿Qué sucede? ¿Qué tienes en la mano?

—La flor de la dicha, el beso germinado del Profeta—contesta Mohamed.

—¡Cómo!—dice Yusuf—¿Tú las has encontrado?

—Sí.

—Solimán, ¡estamos deshonrados !Matémosle y llevemos la flor a nuestro padre. Príncipes somos como él; en nuestras manos no perderá la virtud.

—Sea; démosle muerte porque nos roba la gloria del hallazgo. ¿Quién ha de saber que le matamos?

—¡Perdón!

—No le hay. Muere.

Y ambos, desnudando sus alfanjes contra él, diéronle muerte.

Después le enterraron en la márgen del río entre la arena, con el fin de ocultar el crimen.

El presente de Mahoma llegó al reino de Sidi Leafar Ben Egnemoc, guardóse dentro de una copa de oro en el Mirab, festejóse a los Príncipes portadores del talismán, hubo zambras y fiestas, se jugaron cañas, se corrieron toros, y hasta se olvidó la ausencia peligrosa del asesinado Mohamed.

Pero las alegrías y regocijos fueron en balde, porque el regalo de Alah más produjo desdichas que fortunas. Los cristianos tomaron varias fortalezas,

degollando las guarniciones, y atacaban sobre Alber-Rich, que desprovista de firmes murallas, como villa hecha para los regalos de la paz, no tardaría en rendirse. Bien pronto peligraría el reino; el hambre y la peste diezmaban las poblaciones; la guerra concluía con los soldados. El cometa vencía; el lirio azul era tan maléfico como la estrella mensajera de la cólera de Dios.

Un día se presentó en la plaza pública de Alber-Rich un pastorcillo tañendo una flauta de caña. De ella no salían sonidos informes sino voces articuladas. En su hueco cuerpo no silbaba el aire armonías, sino que cantaba una voz humana. Todos escucharon llenos de pavor.

La flauta mágica decía: «Toca, toca buen pastor, toca y no me nombres que me han muerto en el río de las Arenas por la flor del lirio azul.»

Otra vez la flor sembrada por una hurí del Profeta interviniendo en las cosas del reino, decidiendo de la vida y la muerte. ¿A qué venía aquel prodigio?

Un cadí prendió al pastorcillo, y lo llevó a la presencia de Sidi Leafar. Delante del Rey se repitió el milagro.

Pero a Sidi Leafar no le gustaba lo sobrenatural, y sospechando una burla del pastor, le arrebató la flauta y se la entregó a Solimán para que la tañese. Este la recibió temblando, y no bien la acercó a sus labios cuando la voz misteriosa dijo:

«Toca, toca, mal Príncipe; tú que tocas no me nombrarás, porque me mataste en el río de las Arenas por la flor del lirio azul.»

—¿Qué es esto, Dios mío?—preguntó muerto de miedo Solimán.

—Tañe tú ahora la flauta, Yusuf—dijo el Rey.

—No, padre mío—contestó aterrado—, no; ¡estamos perdidos! Esta flauta nos acusa de nuestro crimen. Solimán y yo dimos muerte a nuestro hermano Mahomed junto al río de las Arenas para robarle la flor encantada. Perdón, ¡mátame, padre mío! Pero no te empeñes en que mi propio aliento me delate.

—¡Miserables!—gritó fuera de sí el Rey—. Vosotros tenéis la culpa de las desdichas de todos y de la pérdida del reino. Yo haré con vosotros ejemplar escarmiento. Olvidaré que soy padre para no pensar sino en ser Rey. Guiadme al sitio donde asesinásteis a mi pobre Mohamed.

. . . . . .

Y es fama que llegado al río de las Arenas encontró un pequeño cañaveral que había crecido sobre la sepultura de Mohamed, y allí mismo hizo degollar a sus hijos, descuartizar sus cuerpos y colgar la carne de las cañas para pasto de las aves de rapiña.

No se sabe si la sangre de los Príncipes caería sobre la flor de la dicha; pero es lo cierto que desde entonces los botánicos buscan inútilmente un lirio completamente azul, sin medias tintas ni estrías rosadas.

Y porque la flor no se encuentra, se busca inútilmente en el mundo la felicidad.

RAFAEL COMENGE

LAS HADAS MODERNAS

Si fuera posible, queridos niños, a los que dedico esta lectura, que formárais un corro inmenso en el que cupiéseis todos sin excepción de edades y otras condiciones, yo estoy segura que obtendría vuestra atención haciendo sonar en vuestros oídos la palabra *cuento*. Presumo que al oirla abandonariáis juegos, cantos, paseos y recreos por venir a escuchar mi relato, y vuestra atención sería mayor y más intensa si os dijera que ese cuento va a ser de hadas.

¡Oh, las hadas! Las que han formado nuestro país azul y de color de rosa, las habitadoras de suntuosísimos palacios de rosado jaspe, las dispensadoras de edenes, riquezas, saber, fortuna; las desencantadoras de príncipes y princesas víctimas de los maleficios de brujas y magos; las que han tendido, en el alborear de nuestra vida, el puente misterioso que une la ilusión con la realidad.

Todos habéis recorrido con la imaginación los caminos que conducen a la gruta de la bruja maléfica y al castillo del ogro feroz, que se traga a los que en sus dominios penetran, y habéis penetrado en los jardines y los palacios de las buenas hadas y de los buenos reyes, donde moran las princesas que esperan a los príncipes enamorados, gentiles y valientes. Os han encantado las transformaciones maravillosas que han cambiado la cabaña en palacio, la vejez en juventud, y la fealdad en hermosura.

Y es que a vosotros os encanta lo maravilloso, lo desusado, lo extraordinario, lo sublime y poético, que se aparta de la prosaica realidad. Y se explica que así sea, pues estáis, durante la infancia, en el paraíso terrenal de la vida y mientras dura vuestra permanencia en ese paraíso, aletea en torno de vuestras serenas frentes la alegría de vivir que se manifiesta en vues-

tros ojos y en vuestros labios, de los cuales no han salido todavía palabras de odio.

Y ahora pienso que si el gran corro de que os hablé al principio estuviera formado, ya hubieran surgido muchas voces preguntando: ¿Y el cuento? Venga el cuento.

Perdonad, queridos, pues cuando de vosotros me ocupo, no son mis palabras amaños y tortura del ingenio, sino desbordar del corazón, y por eso me desvío del asunto.

Y allá va el cuento.

En un país distante del nuestro, al que no nombro para que no os canséis buscándole en el mapa, había un bosque al que nadie se acercaba porque, desde antiguo, se decía que estaba encantado y lleno de misterios y que en él ocurrían cosas extraordinarias. Se afirmaba que algunos que entraron no salieron; así es que se ignoraba si lo habían pasado bien o mal.

A la luz de la luna distinguíase un palacio de altas cúpulas profusamente iluminado, y aseguraban algunos que se oía a lo lejos como una especie de zumbido, semejante a una ebullición de sones interrumpidos y agudos, que delataban la existencia de muchas criaturas reunidas.

Un pastorcito joven, lindo, de ardiente fantasía y no falto de ingenio, fuerza y valor, llegaba muchas veces hasta los linderos del bosque, ansioso de atisbar y conocer algo de lo que por lugar tan misterioso ocurría. Pero nada: sólo percibía el sonar del viento en la fronda, los murmullos incalificables, que no podía precisar si eran voces humanas o música producida por el chocar de los robustos pinos que circundaban el bosque: altos, enhiestos y amenazadores como lanzones de combate.

El pastorcillo, a quien llamaremos Gracián, se retiraba desalentado ante lo que le parecía impenetrable, y en cada tentativa de atisbo se excitaba más y más su curiosidad.

Un día en que Gracián había puesto a buen recaudo sus corderitos encerrándolos en el aprisco, le llevaron sus pasos instintivamente hacia el lugar de sus curiosidades y preferencias, se sentó al pie de un árbol y vió de pronto aparecer por entre el boscaje una figura fantástica que llenó de resplandores

cuanto la rodeaba. Llevaba una blanca túnica ligera y sutil que se hinchaba con la brisa, y dejaba, a trechos, entrever un cuerpo como formado con pétalos de muguete. Su tez era pálida, a semejanza de la luna que preside en el cielo, sus cabellos sueltos semejaban una envoltura de oro purísimo. Con vellón de corderos debieron de lustrarse sus dientes; a las palmeras del Líbano pidió, sin duda, esbeltez su cintura.

Asombrado y extático quedó el pastor ante la inesperada aparición, y no dudó de que era una hada moradora del encantado bosque.

Al movimiento de sorpresa y asombro que se manifestó en él, notó ella que había sido vista, e inmediatamente se transformó en una inmensa libélula que se remontó majestuosamente por el aire dejando en el ambiente algo tibio y aromoso, y desprendiendo de sus levísimas alas unas luces a manera de estrellas fugaces.

A partir de aquel día, una atracción irresistible le llevaba a aquel lugar centro de sus curiosidades y deseos. Pero nada más vió; la aparición fantástica no volvió a presentarse, y Gracián vió madurar las mieses y cosecharlas; vió la nieve de las montañas derretirse; vió el orto y el ocaso de cien días, y la dulce imagen no tornó a mostrársele.

Una nerviosidad y obsesión continua se apoderó de su sér, y con ánimo resuelto y valeroso decidió penetrar en el bosque y volver a ver a su hada, aun con riesgo de la vida.

Y como lo pensó lo hizo. Penetró por las entrañas de los montes, atravesó llanos, cruzó precipicios, vadeó riachuelos, y por fin, llegó a un extenso jardín cuajado de curiosas y singulares flores de brillante coloración y exquisitos perfumes.

Pasados los bosquecillos y los prados de flores, se llegaba a una magnífica selva que refrescaban grandes lagos, y a la orilla de uno de ellos, alzábase un magnífico palacio, cuya escalera de mármol bajaba hasta cerca del agua.

Doradas cúpulas dominaban el techo, y por una galería circular había repartidas artísticas estatuas elevadas sobre pedestales de bronce. Por las altas ventanas del primer piso, se veían habitaciones con cortinajes de seda y

preciosas alfombras. Todo allí era rico, suntuoso, deslumbrador y propio para fascinar al pobre Gracián, que no había salido de sus montañas más que para ir una o dos veces a la ciudad.

No había en la magnífica estancia guardias, porteros ni criados que impidiesen la entrada, y las buenas hadas—porque allí todas lo eran—estaban en aquellos momentos ausentes cumpliendo sus altas y benéficas funciones: desencantar, librar de maleficios, apadrinar a príncipes y princesas, castigar a los malvados convirtiéndolos en piedras o en animales, sanar enfermos, repartir dones y varitas de virtudes entre los buenos y proteger a los débiles contra los desmanes de los fuertes y los soberbios. Tales son, como sabéis, las aficiones y menesteres de tan gentiles espíritus.

Gracián, que no era corto de genio y además sentía el estímulo de la curiosidad, traspasó los umbrales del palacio, subió por la ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe y empezó a recorrer los amplios y elegantes salones, en los que admiró una multitud de primorosos objetos cuyos usos desconocía.

Mucho encantaron al pastor aquellas lindezas; pero su principal objeto al penetrar en el recinto en donde habitaban las hadas era volver a ver el rostro de la que se le apareció, y cuyo recuerdo no se había borrado de su mente a pesar del tiempo transcurrido.

Saciados sus ojos con la visión de tantas maravillas, pensó en abandonar aquel sitio antes que cerrara la noche, ya casi convencido de que las hadas tenían otra residencia o se hacían invisibles.

Y resuelto a desandar lo andado, buscando el camino del bosque se perdió, y sus pasos fueron sin rumbo, penetrando en un intrincado laberinto, por donde dió mil vueltas sin encontrar la salida.

En vista de esta contrariedad, decidió pasar allí la noche, que por cierto era de luna clarísima, dejando para el amanecer el retorno a sus montañas.

De pronto, y cuando la tristeza invadía su espíritu al verse perdido y sin haber logrado al objeto de sus ansias, un suavísimo rumor y una claridad más viva que la de la luna le advierten que alguien se acerca, y en efecto, su hada, la hermosa de los cabellos rubios, la de los ojos centelleantes, la de la

tez rosada aparece ante él. Y con un gesto entre enojado y complacido le dice:

—¿Qué buscas aquí, atrevido pastorcillo? Si el ogro que habita aquella torre te descubre, estás perdido.

—¿Y qué me importa, si he logrado verte y oir tu voz? Si en este instante concluyera mi existencia ya había tenido objeto mi vivir, puesto que con tu presencia he satisfecho el vago anhelo que es vida de mi vida.

—La vida es hermosa, joven, y hay que conservarla, no encerrándola en un recinto limitado, aunque éste sea tan bello como el reino de las hadas... Fuera de aquí debe existir más, mucho más...

—Sí—contestó Gracián—, debe haber mucho, aunque yo he visto poco; pero al sentirte cerca de mí comprendo que nada en la vida puede valer lo que una hora de encanto, de ilusión... de amor...

—Tienes razón. También yo amo... sin saber a quién amo. Amo todo lo bello y entono mi canción a la noche hermosa en sus misterios y susurros; amo al sol esplendoroso, a las flores, a la Naturaleza toda...

—Pues yo te amo a ti, hada de mis ensueños; con tu amor en mi alma al infinito llego, y tu amor confundo con todo lo inmenso. Suspendido entre los hilos de luz que de ti irradian, mi espíritu se mece entre las estrellas y se eleva hasta las divinas alturas, en donde todo es bueno, hermoso y santo.

Por eso, sutilísima visión, ni te ajarán mis manos, ni te hollarán mis plantas. Mi tributo a tu amor será como el de la aurora a las flores, rocío de lágrimas; de amor lloro, hada o mujer, encanto de mi vida.

—Soy tan feliz al escucharte—dijo el hada, cuyo nombre era Benéfica—, que no sé si es alegría o tristeza lo que experimento. Como tú, siento gana de llorar; pero mis lágrimas son alegres, gozosas y exentas de amargura.

—¡Habla, alma mía, que yo escuche sin cesar tu voz divina, y, sobre todo, dime cómo has vivido desde el primer momento de tu vida.

—Pues verás—contestó Benéfica—, yo nací como cualquier simple mortal y de padres humildes. Quedé huérfana a poco de nacer, y el hada, mi madrina, que me recogió y me crió, me hizo gracia de todos los dones que enriquecen a las buenas hadas.

—¿Y qué dones son esos?—preguntó Gracián.

—Muchos y muy valiosos—añadió ella—. Yo puedo, como has visto, iluminar una estancia y derramar la luz en torno mío; extender mi voz para que se oiga a grandes distancias; transmitir mi pensamiento a lejanas tierras; hacer que me recreen con sus cantos y melodías seres invisibles; elevarme por los aires y andar por bajo de las aguas; servirme de la luz como pintura de imágenes; ver a inmensas distancias y distinguir lo infinitamente pequeño, levantar con mis brazos pesos enormes, y otra multitud de cosas que no te puedo enumerar.

Admirado quedó Gracián, y entusiasmado le dijo:

—Abandona estos lugares limitados, aunque bellos; vente conmigo, y con mi amor y tu poder conquistaremos el mundo y alcanzaremos la suprema felicidad.

—Imposible—dijo tristemente Benéfica—. En cuanto saliera de aquí y me uniera a un mortal perdería mi poder y mis dones. Demos por terminada esta aventura. Llévate la imagen de mi amor para que te sirva de defensa contra los malos pensamientos y deseos, y como el aliento y la fe no son duraderos ni eficaces sin la *esperanza*, voy a darte esa fuerza moral con la cual vencerás obstáculos, persistirás en los buenos propósitos y te parecerá fácil lo difícil.

Y esto diciendo sacó de entre los pliegues de su túnica una piedrecita jaspeada con vetas verdes y rosadas, y le dijo:

—Con este talismán comprenderás inmediatamente cuanto veas, leas o te expliquen, y al propio tiempo te verás animado de una tenacidad y constancia insuperables para la adquisición del saber. Cuando por tus luces naturales y los conocimientos adquiridos puedas realizar o comprender alguna de las maravillas que te he mencionado, y que yo realizo, vuelve por mí y juntos partiremos para vivir unidos.

—Sí, partiré, seguiré tus consejos y volveré cuando haya realizado lo que me exiges, pues comprendo que hay algo más poderoso que el amor, y es el temor de exigirle un sacrificio tan grande que acabe con él. Conserva tu poder y séate siempre grato mi recuerdo.

—Vete ya, Gracián. Que el recuerdo y la esperanza te conforten. Es locura que permanezcas más aquí. Bueno es soñar y admirar; pero no es

posible pasar la vida en éxtasis. A partir de este día debes trabajar, luchar, realizar cosas grandes, o por lo menos útiles, si es que no llegas a la grandeza. Créete feliz por haber penetrado en la mansión encantada, y piensa en que hay muchos seres desgraciados que no han elevado nunca su corazón ni sus pensamientos hacia las cosas ideales. Lucha, trabaja, inventa y no olvides que los ensueños de los humanos han de labrarse con materiales de la realidad, pues el mundo no es la mansión de las hadas, en donde todo es fantástico. Sigue siempre la línea recta y mira hacia lo alto, porque elevando siempre amores, pensamientos y deseos encontrarás el cielo.

Después de dar a Gracián tan útiles y sabios consejos desapareció Benéfica, dejando al joven fuera del bosque, sin que la salida le costara ningún esfuerzo.

Quedó Gracián como atontado, pareciéndole oir por largo rato las palabras de Benéfica, que le repetían: lucha, trabaja, inventa, vive la realidad del mundo y de la vida, que es bella cuando bien se aprovecha. Miró en torno, estaba solo; un rayo de sol disipó los fantasmas que todavía pesaban en su imaginación; el cielo era como una bruñida turquesa en una sola vibración de luz; se sintió fuerte y reconfortado, y su espíritu vibró al unísono de la Naturaleza, toda sonriente de luz y de alegría.

Con alientos jamás sentidos y energías no sospechadas hasta entonces, marchó a la ciudad y ya no le mareó, como otras veces, el movimiento de las gentes y el trasiego de carruajes. El talismán obraba sin duda y renovaba sus pensamientos.

Recordó que los ganados que él había guardado hasta entonces pertenecían a un célebre ingeniero y mecánico, y a él se presentó manifestándole sus deseos de aprender.

El hombre de ciencia era sencillo como un niño y poseía un gran corazón. Adivinó en Gracián dotes de inteligencia, y al tomarle a su servicio pudo observar su gran voluntad, su amor al trabajo y su espíritu de observación.

Firme en la idea de realizar aquellas maravillas que habían de asemejarle a su hada preguntó e inquirió, y el hombre de ciencia sació su curiosidad plenamente.

Por él aprendió que la electricidad es una gran fuerza, que él había visto en los días de tempestad allá en sus montañas; pero que el hombre la ha aprisionado y dirigido convirtiéndola en luz, y la ha hecho servir para una infinidad de cosas. Por la electricidad funcionan las grúas que levantan grandes pesos, se calientan las habitaciones, suenan los timbres, etc.

Gracián comprendía muy bien las explicaciones del ingeniero y gozaba lo indecible viendo la facilidad con que se ejecutaban tantas cosas extraordinarias.

—¿La ciencia, enseñará también a prolongar la voz?—preguntaba.

—Sí, le decía el ingeniero, la voz se prolonga y se extiende por medio del teléfono. Cuando hablamos o gritamos, la fuerza de la voz se esparce, y a muy poca distancia del que emite los sonidos se pierde; pero el teléfono la suma, la reúne, la concentra y la hace correr por un alambre.

Después de las lecciones venían las comprobaciones, y Gracián comprobó con verdadero asombro, que a grandes distancias podían hablarse dos personas conservando el timbre de su voz.

Con tan excelente maestro aprendió y comprobó Gracián que el hombre transmitía su pensamiento a través del espacio por la *telegrafía;* que se elevaba por los aires con los *aeroplanos;* que veía los astros por el *telescopio*, y lo infinitamente pequeño con el *microscopio*. Admiró el gramófono que recoge y guarda la palabra humana conservándola indefinidamente para reproducirla a voluntad; vió cómo la fuerza luminosa pinta las imágenes con la cámara fotográfica, y que estas imágenes fotografiadas en una gran tira y pasando con rapidez reflejadas en una gran pantalla, dan la ilusión de la vida y el movimiento en el *cinematógrafo*.

Pudo apreciar Gracián las velocidades de la bicicleta, de los trenes y barcos de vapor, de los trenes eléctricos y de los automóviles y se convenció de que sus piernas jóvenes y ágiles, nada eran ni significaban comparadas con aquellas velocidades.

Gracián con sus estudios y trabajos llegó a ser un gran mecánico e inventor de aparatos. Se enriqueció y recordó con ilusión el hermoso sueño de su primera juventud y los impulsos y buenos propósitos que le sugirió su hada Benéfica.

Existen las hadas, decía frecuentemente; pero las hadas modernas han cambiado de nombre y se llaman *Ciencias*.

Estudiándolas con cariño y aplicándolas a los usos de la vida, todos vosotros, queridos niños, seréis como hadas y poseeréis aquellos talismanes y varitas mágicas que tanto admirabais en los cuentos que os encantaban en la niñez. El estudio, el trabajo y el bien obrar, son los grandes talismanes, no lo olvidéis.

Y cuando los años en su rodar sin tregua se lleven vuestras ilusiones, recordad con placer aquellas mentiras candorosas que en vuestro espíritu tomaron forma de verdad, antes que la realidad iluminara vuestro entendimiento. Como la luz rosada de la aurora disipa las nieblas, estos gratos recuerdos de la niñez disiparán y esclarecerán las negruras de vuestra alma.

MARIA CARBONELL

I N D I C E

I N D I C E

	Páginas.
La indisciplina del ángel.	7
El papagayo de la infanta Clara.	13
Oir campanas.	25
La mejor muñeca.	29
El lirio azul.	37
Las hadas modernas.	45

Imprimióse este libro en la imprenta
de Luis Torrent y Compañía,
en la calle de Válgame
Dios, número 6,
Madrid.

Precio: 2,50 PESETAS